

El exceso de Dios

El Génesis irrumpe en el silencio de eternidad con el aleteo del Espíritu sobre las aguas. Desde sus orígenes les da la capacidad de santificar. En el Éxodo, tribus dispersas, pequeñas en número, antagónicas, empobrecidas comienzan a encontrarse, a unirse. Es el Espíritu quien va trabajando en zonas de frontera, de marginación y comienza a crear la convivencia. Es el origen de la utopía de la comunidad cristiana.

El Espíritu suscita en la Biblia ideas de novedad, de creatividad, de dinamismo, de fuerza transformante. Allí donde hay miedo, Él es valentía. Donde hay marginación, Él es dignidad. Donde existe la discordia, Él es armonía en la diversidad. Donde reina la mediocridad, Él contagia energía. Y, más aún, donde el desánimo pareciera apagar el corazón, Él es fuego, llamarada que abre caminos e inunda de paz, de iniciativas, de luz.

Pentecostés da origen a la Iglesia. Es obra del Espíritu. Allí en la diversidad plural de pueblos, razas, lenguas, culturas es el Espíritu quien une, eleva, transforma. La lengua de iniciados de los Apóstoles, estalla en mil vocablos que pone en marcha la fantasía del Espíritu en nuevos ministerios, nuevos signos, nuevos caminos de salvación.

En un derroche de generosidad y misericordia, Dios a través de su Espíritu, siembra en cada ser humano, sin distinciones de ninguna clase, su Plan de salvación según un proyecto único que llamamos vocación, carisma y que se traduce en un servicio concreto a la humanidad. Dejar que esta semilla crezca, es nuestra responsabilidad sin que el Espíritu nos deje solos en este compromiso singular.

Cochabamba 12.06.11

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog.@gmail.com